narraciones
SOLARIS

OJOS DE PANTERA

6.ª EDICIÓN RECONTEXTUALIZADA

PARA ENTENDER
LA GENÉTICA HUMANA

Sílvia Aymerich i Lemos

Octaedro

OJOS DE PANTERA

narraciones
SOLARIS

Sílvia Aymerich i Lemos

Flor Rey Teijeiro
Traducción

OJOS DE PANTERA

PARA ENTENDER
LA GENÉTICA HUMANA

Octaedro

Colección Solaris
Ojos de pantera

Primera edición en catalán:
Ulls de pantera, Eumo, 1994

Primera edición en castellano:
Ojos de pantera, Octaedro, 1998

6a edición recontextualizada: septiembre de 2026

© Sílvia Aymerich i Lemos

© Derechos exclusivos de edición:
Ediciones Octaedro, S.L.
Bailén, 5 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
www.octaedro.com
octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19690-65-4
Depósito legal: B 17324-2026

Traducción al castellano: Flor Rey Teijeiro
Ilustraciones: Montse Font
Realización y cubierta: Ediciones Octaedro
Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

A Ivette, Pol, Nahia y Lur

Dímelo y lo olvidaré.
Muéstramelo y probablemente lo recordaré.
Implícame y lo comprenderé.

PROVERBIO ATRIBUIDO A CONFUCIO

1

¡Las matemáticas son un palo! Odio las matemáticas. A mí lo que me gusta es la múuusica, ¿te enteras?

—¡Anda! ¡Y a mí! ¿Qué te crees? Y el esquí y los batidos de fresa... Pero hay una cosa que se llama e-va-lua-ción. Y hasta que consigas dotes de adivino para saber qué te van a poner en el examen, no nos queda más remedio que hacer todo el programa, ¿entendido?

¡A ella no tenían que decirle lo duras que eran las matemáticas! En primero de Biología habían sido un hueso para ella. Ese tipo de cosas que te vuelven loca si no las entiendes, pero que te dan las mayores satisfacciones cuando logras hincarles el diente. Claro que esto, por mucho que se lo explicase, el cabeza de chorlito de Marc no lo entendería nunca.

—Mira, lo dejamos aquí por hoy, que ya es muy tarde. Deberías volver a hacer los ejercicios tú solo, sin mirar las soluciones, ¿crees que podrás?

—¿Sin mirar las soluciones? No sé si voy a resistir la tentación...

—Pues, tú verás, pero no te servirá de nada...

En aquel momento la puerta de la habitación se abrió y entró

la madre de Marc. Cuando vio que la señora daba un paso hacia la mesa, Mireia se levantó de la silla para acercarse a ella, y Marc aprovechó para escaparse hacia el comedor y encender el televisor. Lo puso muy alto para no oírlas. No tenía ni el más mínimo interés en escuchar la chapa de siempre. De pronto, dieron la noticia: aquel tercer fin de semana de abril de 2013 sería épico, ¡literal! En el Coachella Festival de California, actuarían los Red Hot Chili Peppers. Nada menos que los Red Hot Chili Peppers: ¡Toda una leyenda!

¡Y el par de plastas que se habían quedado en la habitación despellejándole , sin enterarse!

—¿Qué, cómo ha ido, Mireia? ¿Cómo lo encuentras?

—Un poco pez, como diría mi abuela… Además es un chico algo disperso. Tiene capacidad, pero claro…

—No me hables… y mira que yo siempre le digo: «Marc, estudia, que ya tienes quince años y ya has perdido un curso por culpa de la hepatitis y si no te espabilas acabarás perdiendo otro». Pero a él no le interesa más que la música… Y no es que me disguste, pero, chica, ¡no hace otra cosa! ¡Yo, ha llegado un punto en que no sé qué hacer! Su padre dice que deberíamos prohibirle que tocase, hasta que estudie.

—No sé, pero me parece que sería contraproducente, porque entonces le cogería más manía al estudio…

—Quizá tengas razón, Mireia. Además lo hace tan bien… ¿No lo has oído nunca? ¿Tienes prisa? Espera un momento. ¡Maarc, tócale *Imagine* a la señorita!

Marc, que, a pesar de su intención de concentrarse en la televisión no dejaba de escuchar la conversación con una oreja, tan pronto como oyó que su madre alababa sus dotes para la música corrió a meterse en el baño.

—No puedo, estoy descomiendo…

La señora Blader miró a Mireia moviendo suavemente la cabeza de un lado a otro y riendo a la vez.

—Es muy tímido en el fondo…

¿Tímido? Aquella buena señora no sabía qué pieza tenía en casa. ¡Aquel chico era un jeta! Ni siquiera se preocupaba de traer los libros a casa para poder seguir la clase particular. Mireia estaba cansada de improvisar ejercicios y problemas; al final había acabado comprándose de su bolsillo un libro de matemáticas. ¡Esto no le había pasado con nadie!

Quizás la señora Blader era una mujer encantadora, pero esperar hasta abril para poner remedio a aquella situación mostraba cierta dejadez. No negaba que Marc hubiera perdido un curso porque había estado enfermo, pero que por el hecho de repetir, se hubiese vuelto un vago no se lo creía nadie. ¡Aquel chaval no había dado golpe en su vida! Y nada indicaba que quisiese remediarlo. Si no cambiaba de actitud, seguramente acabaría diciéndole a su madre que lo dejaba. No estaba dispuesta a perder tiempo ni saliva con un niño malcriado.

2

El teléfono sonó varias veces y la señora Blader, que era la única que estaba levantada aquel sábado, corrió a descolgarlo.

—Marc, es para ti. Me parece que es Quim.

Marc se levantó de la cama con los ojos soñolientos. Se había quedado hasta tarde enganchado al piano y las ojeras le llegaban a los pies.

—¿Eeh? Sí. Me han requisado el móvil otra vez. De acuerdo, a las ocho. Hasta luego...

Aquel fin de semana ensayarían en el almacén que les dejaba el padre de Quim. Quizá iría también Andy, aunque, de hecho, el grupo inicial lo formaban Quim y Marc. Pero Quim creía que la incorporación de Andy les podía venir muy bien, sobre todo ahora que querían grabar una maqueta y presentarla a un concurso, porque había estado antes en otro grupo y tenía mucha experiencia. Como no conocían a nadie del mundillo del rock, era la única salida que tenían si querían abrirse camino.

—¡Hola, Marc!

—¡Eiii, Andy! ¿Todavía no ha llegado Quim?

—No, ha dicho que vendría más tarde. Que le esperásemos en el bar de aquí enfrente…

Entraron y se sentaron en la barra. Era la primera vez que estaban solos y Marc tenía muchas ganas de saber la opinión que tenía del grupo un experto como él.

—Tú, Andy, ¿cómo lo ves? ¿Crees que tenemos posibilidades?

—Hombre, yo creo que sí; si no, no me uniría a vosotros. Ya te lo habrá dicho Quim. Yo vengo de otro grupo. ¡Aquellos sí que eran unos «colgaos»! Además, se pasaban el fin de semana bebiendo y después no había manera de hacer nada. Y yo, como no puedo probar el alcohol por lo de mi enfermedad…

—No sabía que tuvieses una enfermedad…

—Sí, es un rollo hereditario. Mi padre también la tiene. No es grave, pero a veces fastidia mucho no poder beber un trago, sobre todo cuando ya has pasado la raya de los dieciocho…

—Eso de la herencia es… Tanto te puede tocar una ganga como te puede caer un palo, ¿eh? Claro que también depende de cómo te lo tomes…

—Sí, porque tú, Marc, tienes un pelo… Quiero decir, no te echas nada, ¿no? Porque con vistas al *marketing* va muy bien, ¿sabes?

—Será ahora, porque de pequeño siempre me llamaban «zanahoria». ¡Te aseguro que cuando tenía diez años me lo habría teñido bien oscuro si hubiese podido!

—¡Pero qué dices, si te queda muy guay! Lo que pasa es que deberías llevarlo más largo, para que se viese más… ¡Eh, oye, que veo a Quim! ¿Qué te parece si vamos hacia allí?

—¡Vale!

Se levantaron de la barra y fueron a ayudar a Quim a subir la puerta de hierro del almacén. Una vez dentro, conectaron todos los instrumentos y empezaron a tocar como locos. Era una suerte que el padre de Quim tuviese un local cerca de un descampado. Mientras no edificasen podrían disponer de él, y el hombre no creía que lo hiciesen en un par de años: «¡El tiempo justo para que os hagáis famosos y os podáis alquilar uno por vuestra cuenta!».

¡Cómo envidiaba a Quim por tener un padre como aquél! El hombre no sólo les había ayudado a hacer todas las instalaciones eléctricas sino que además intentaba siempre dejarles refrescos en la nevera para que tuviesen algo con que mojarse la garganta después de los ensayos. Su padre, en cambio, sólo tenía una obsesión metida en la cabeza: estudiar, estudiar y estudiar. Ahora la última idea brillante había sido buscarle una profesora particular. Perdía el tiempo. No le caía mal la chica, pero de ahí a pensar que le haría cambiar de parecer respecto al estudio... ya podía ir quitándoselo de la cabeza.

OJOS DE PANTERA

¿Qué puede pasar cuando tienes un montón de evaluaciones pendientes, un grupo de rock a medio formar, y alguien —a quien tu padre le ha encargado que te eche una mano— consigue que te entren ganas de descubrir los secretos ocultos en tus genes?

Nadie lo sabe mejor que Marc y, siguiendo el hilo de su historia, comprendemos los fundamentos de la genética que nos son más cercanos. De este modo, una serie de conceptos científicos básicos irán tomando cuerpo y dejarán de ser palabras desligadas de nuestra realidad inmediata.

Sílvia Aymerich i Lemos

Licenciada en Ciencias Biológicas y en Filología Anglo-germánica por la Universidad de Barcelona y diplomada en traducción por la Universidad de Perpiñán. Compagina desde hace décadas la traducción y la creación literarias. En poesía, ha publicado *La meva Europa* (Premio Amadeu Oller 1985) y Bàlsams/Balms (2022), poemario bilingüe que le valió su inserción en la prestigiosa revista literaria británica *Modern Poetry in Translation* (2024). Su ciclo de poemas «Saturnals» ha recibido el Premio Francesc Català en Perpiñán (2025). En prosa, es autora de las novelas *Berlín Zoo* (1991) y Els déus de Califòrnia (Premio Ciutat d'Elx 1993). Asimismo, ha publicado *¡Gelati!* (1997), *Roger de Aurillac* (2010) y *Pell de lluna* (2014), traducida posteriormente al francés (2020), todas ellas obras de narrativa juvenil con trasfondo científico como la que tenéis en vuestras manos.

Si desea más información o adquirir el libro diríjase a:

www.octaedro.com

Octaedro Editorial

narraciones SOLARIS

ISBN 978-84-19690-65-4